

Asimismo lo acerca a las vías místicas, a los grupos sectarios, a las respuestas diferentes dependientes de los países y sus realidades políticas, dadas en coyunturas geográficas distintas desde el siglo I, durante la Edad Media y parte de la Modernidad.—  
CARMEN YEBRA.

VIDAL, SENÉN, *Jesús el Galileo* (Colección Presencia Teológica 148. Sal Terrae, Santander 2006), 255p., ISBN: 84-293-1640-X

El conocido especialista español en Nuevo Testamento, actualmente profesor en Valladolid, Senén Vidal, nos ofrece un libro de alta divulgación sobre el Jesús histórico, en el que recoge los resultados fundamentales de su monografía científica: *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente. Un ensayo de reconstrucción histórica* (Sígueme, Salamanca 2003). Aunque al final se nos ofrece una bibliografía actualizada y amplia (245-255), esta versión está desprovista de aparato crítico y de discusión científica.

La estructura del libro es sencilla. La introducción (9-11) presenta la tesis central y su estructura; en la conclusión (235-243) se resume el recorrido. La idea medular radica en la evolución de Jesús en torno a su misión y su propio puesto en la misma, jalónada en tres etapas fundamentales: seguidor de Juan Bautista; agente mesiánico de la irrupción actual del reino de Dios en Galilea; intento final de implantación del reinado de Dios en Jerusalén.

La primera parte (13-72), dedicada a «los inicios», se centra en Juan el Bautista, encuadrándolo en los movimientos religiosos de su tiempo. Como viene haciendo la investigación más reciente, considera que Jesús fue seguidor del Bautista y comparó su diagnóstico sobre la calamitosa situación religiosa de Israel y su futuro desenlace. El encarcelamiento de Juan Bautista, con su inevitable componente de fracaso en el intento de constitución del nuevo Israel, que Juan preparaba en el desierto mediante el bautismo para la llegada con el «más poderoso» de una época de carácter mesiánico, fue el revulsivo que propició la conciencia de Jesús de ser él mismo ese personaje «más poderoso». Jesús se convierte entonces en el agente mesiánico que proclama como presente lo que Juan solamente intuía como futuro. Desde aquí explica las diferencias y coincidencias entre Juan y Jesús y el sentido histórico original del bautismo de Jesús por parte de Juan. Considera más acertada la visión de los sinópticos que la del evangelio de Juan: Jesús no habría tenido actividad propia en concurrencia con el Bautista. Solamente a partir del encarcelamiento de Juan habría comenzado Jesús una misión nueva, distanciándose de Juan.

En la segunda parte (73-180) se expone «la misión galilea», que gira en torno al anuncio de la irrupción presente y dinámica del reino de Dios, del cual Jesús es el agente mesiánico, que se entiende a sí mismo bajo la figura del hijo del hombre, sin ver ahí ni una continuidad especial con Dn 7 ni un título mayestático. Aquí encaja toda la variada actividad desplegada por Jesús en su ministerio centrado en la presencia del reino de Dios: los milagros (curaciones y exorcismos), la mayor parte de su enseñanza en parábolas, la llamada a colaboradores itinerantes al servicio de esta misión, la creación de grupos sedentarios en las ciudades y aldeas de Galilea como

inicio del nuevo Israel, su modo particular de conducirse ante la Ley, las comidas con los pecadores, la atención a algunos gentiles, el simbolismo de los Doce, etc. La idea central radica en que ese nuevo comienzo y esa renovación de Israel, para la que Juan quería preparar al pueblo de Israel, ya acontece bajo la figura del reino de Dios, que comienza precisamente por las aldeas de Galilea, recuperando la profundidad de la «pequeña tradición», frente a las desviaciones de la «gran tradición», representada por los fariseos, los letrados y las autoridades. Vidal considera que los sinópticos reflejarían bien la geografía y la cronología del ministerio de Jesús: centrado en Galilea, con un solo viaje a Jerusalén al final de la vida. Con su ministerio Jesús inauguró el proceso de la presencia del reino de Dios; sin embargo, el pueblo no aceptó su mensaje, como aparecería recogido en el evangelio de Marcos, a partir de la llamada crisis galilea. Esta crisis propició una tercera etapa.

En la tercera parte (181-233) Vidal se adentra en «la misión final». Esta consiste en una modificación de la estrategia: en lugar de centrar su ministerio en las aldeas de Galilea, Jesús se dirige a Jerusalén para acelerar la llegada del momento final. Aquí tuvieron lugar una serie de signos y de acciones proféticas, especialmente en torno al Templo, por parte de Jesús, como agente mesiánico de carácter regio, que la clase judía dirigente no aceptó. Al contrario, se confabularon con los romanos para ejecutar a Jesús. En esta última época Jesús mismo caería en la cuenta de que el reinado de Dios llegaría en el futuro, tal y como él mismo previó en la cena (cf. Mc 14,25), que habría sido una cena pascual, y de que su muerte era su último servicio a este reino. Así explica la combinación de dichos y expresiones sobre el reino de Dios como futuro y como presente. Posteriormente y basándose en esta expectativa futura, la primitiva comunidad le consideró el mesías entronizado, que volvería con poder para instaurar definitivamente el reinado de Dios en la tierra. Esta sería la razón de la diástasis de la escatología cristiana: ya cumplida en Jesús, verdadero mesías; todavía no plenamente instaurada en la tierra.

Vidal expone de modo accesible y pedagógico el resultado de sus estudios. Su descripción del caminar terreno de Jesús ofrece un marco completo y coherente, que le permite tanto integrar los diferentes elementos, como introducir criterios de discernimiento a la hora de juzgar la autenticidad jesuana del material recogido en las narraciones evangélicas. Otorga bastante credibilidad al evangelio de Marcos y a la fuente Q, y supone un trasfondo histórico de fondo bajo una parte muy considerable de las narraciones evangélicas, aunque luego hayan sido más elaboradas y adaptadas. Llama la atención su postura ante algunos temas discutidos como son: la comprensión del hijo del hombre (95ss); la caracterización de los discípulos itinerantes como misioneros temporales al servicio del reino, que mantenían su familia y regresaban a sus hogares (156ss); la defensa del carácter expiatorio que el mismo Jesús habría dado a su muerte (220ss); que Jesús contara explícitamente con su propia resurrección y la de los antepasados de Israel para volver a una situación terrena e histórica (150s; 226s). Dado que aquí no se ofrece la discusión de detalle, tampoco es el ámbito para poder calibrar la solidez de su fundamento, aunque contemplo algunas de estas apreciaciones con simpatía y otras con perplejidad.

A pesar de que termine hablando no solamente de la esperanza jesuana en una resurrección futura propia, sino también de la esperanza de la primitiva comunidad, que confesaba a Jesús como el mesías entronizado, no me deja buen sabor de boca

un estudio de Jesús de Nazaret, tan centrado en lo histórico, que no aborde la resurrección. Este modo de proceder en la práctica profundiza el foso entre el Jesús terreno y el Cristo de la fe, haciéndole a la larga un mal servicio a la fe eclesial. Más me llama la atención este modo de proceder en un especialista en Pablo.—GABINO URIBARRI, S.J.

KLAUCK, HANS-JOSEPH, *Los evangelios apócrifos. Una introducción* (Presencia Teológica 145. Sal Terrae, Santander 2006), 342p., ISBN: 84-293-1628-0

En el año 2002 el teólogo H.-J. Klauck publicó en alemán la obra que la editorial Sal Terrae ha traducido en el presente año con el título *Los evangelios apócrifos. Una introducción*. Con este libro parece que se llena de algún modo un vacío en la literatura en lengua castellana que es el de las introducciones académicas a los textos apócrifos y a la realidad de los orígenes del cristianismo y que está en consonancia con el creciente interés por los textos de los primeros siglos.

De todos es conocido el esfuerzo de la Biblioteca de Autores Cristianos con la obra de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, para dar a conocer estos textos en la lengua original y en su traducción castellana desde mediados de los años cincuenta. Esta obra reeditada en numerosas ocasiones y a la que se han sumado otras ediciones posteriores tenía como finalidad facilitar el acercamiento a un corpus fundamental en la literatura y cultura cristiana.

La publicación de Sal Terrae contribuye a esa labor desde una perspectiva diferente, no la traducción sino la contextualización de la misma. La intención de Klauck sigue siendo la de dar a conocer esta literatura, sus motivaciones, difusión y acentos particulares pero sin presentar en su libro los textos concretos. Es en definitiva una introducción, un apoyo de lectura fundamental para quienes deseen profundizar en los textos apócrifos. Se trata de un estudio actual que presenta las estructuras de las diferentes obras, los autores, la posible datación, el contexto y las líneas «teológicas» principales. Al final de cada uno de los estudios el autor presenta una valoración crítica sobre el contenido y la repercusión de dicha obra. Igualmente los completa con una breve bibliografía específica de referencia.

Adentrándonos en el complejo mundo de la literatura cristiana de los primeros siglos se hace necesaria, así lo cree el autor, una definición de lo que se entiende tanto por «evangelio» como por «apócrifo». Del segundo término toma la definición más amplia e introduce en su obra no sólo el análisis de textos completos sino también un estudio sobre los *agrapha* y un análisis sobre algunos fragmentos. El estudio abarca por tanto, algunos *agrapha*, y fragmentos de textos coptos, judíos, griegos, egipcios y también textos muy conocidos como los evangelios de la infancia, los evangelios sobre la muerte y resurrección de Jesús, textos de carácter diverso referidos a María y otros escritos como los evangelios gnósticos de Nag Hammadi.

Como todo estudio introductorio exige por parte del autor una selección del contenido del mismo y una clasificación. Esta última no coincide en muchos aspectos